

HAY SIEMPRE ALGUIEN...

Apoyado en el pretil contempló, en la oscuridad de la noche, las luces reflejadas en la tersa superficie del agua, que discurría suave y mansa. Soplaban un viento frío y desapacible que transportaba, a ráfagas, menuda lluvia. De vez en cuando, por la avenida paralela al río, pasaba algún coche a toda velocidad, y sus faros iluminaban, fugaces, la negra estructura de hierro del puente. Con la mente rebosando mil contradictorios pensamientos, fijó su mirada durante largo tiempo allá abajo, como hipnotizado. Pero si - pretendió olvidarse de los acontecimientos, fué vano empeño. Siguió allí, en confuso revoltijo, anonadándole. Y una angustia infinita, un irresistible deseo de desaparecer, de extinguirse, se apoderó de él. Era, sin duda, una cobardía, pero ¿ qué podía hacer? ¿ Cómo dar respuesta adecuada a tantos como le habían dañado ?

En su memoria permanecían fijos, claros, todos los sucesos y la íntegra trayectoria de su vida. Recordaba los primeros pasos juveniles, con el corazón limpio del que brotaban afectos, amistad é ilusiones como de un manantial tumultuoso. Adoraba a su familia, quería a los amigos, a la gente, al mundo entero, sin discriminaciones. Pensaba - ¡que iluso!- emular a figu--ras señeras y destacadas, a cuantos admiraba con nobleza y que le servían de ejemplo y guía. Y no le impulsaba a ello afán de destacar, ni de rebajar a nadie, sino de continuar el sendero iniciado por aquéllos en beneficio de los hombres, de la cultura, de la ciencia. Así, muchas veces, quiso ser un gran médico que, con sus investigaciones y descubrimientos, consiguiera eliminar enfermedades y aliviar dolores; otras, un gran dramaturgo que continuara la grandiosa creación de Shakespeare; o genial filósofo que encontrara

la fórmula para alcanzar la felicidad humana; o escritor, y dar vida a personajes tan únicos é irrepetibles como D. Quijote; o músico, capaz de reflejar en el pentagrama la más conmovedora melodía; o pintor , para plasmar en el lienzo obras con la maestría de Miguel Angel, Leonardo, Velazquez...

Más fueron locos sueños, aspiraciones inconsistentes, nacidos o surgidos de una concepción casi mágica del mundo, lejana y distante de la realidad. Como hojas de árbol en otoño, todos aquellos proyectos cayeron secos, desvaídos, muertos, para ser arrastrados por el agitado viento de la existencia o pisoteados por los demás, en la carrera atropellada hacia objetivos muy diferentes, casi siempre impregnados de egoismos, cuando no de maldades.

Los primeros latigazos los recibió en el trabajo. Su interés por aprender, por hacer bién las tareas, por rendir, fué interpretado como servilismo. Las almas mezquinas y sucias de quienes se decían compañeros, no podían consentir que alguien descollara o que, por comparación, pusiera al descubierto la desidia, la despreocupación, la pereza o la incapacidad de ellos. Hubo turbia trama y calumnias que le obligaron a abandonar la empresa. Y así ocurrió más tarde en otra, y en otra, y en otra.... Consiguió una beca para la Universidad y la injustificada ojeriza de un catedrático, a quien de forma ingenua rectificó cierta ^{v.} afirmación, hizo que la perdiera y tuviera que dejar el estudio. Envió una bien conseguida obra a un concurso y le fué rechazada, porque ya estaba otorgado el premio a un figurón influyente.

La alegría de vivir que siempre había sentido, su buena fé en las personas, se fueron enturbiando y perdiendo, mientras en su corazón se abrían heridas, tanto más dolorosas, cuanto que deseaba, con todas sus fuerzas, creer en la bondad y ayudar sin compensaciones, por puro desprendimiento. Como no podía ser un resentido, pues su alma era transparente y grande -el resentimiento es hijo de la pequeñez y de la envidia -, dió en pensar que algo anómalo debía haber en su persona para que le trataran así. No desvió las

culpas a otros, a la sociedad; trató de averiguar por qué sus actuaciones engendraban una reacción agresiva. Y como, por más que analizaba su comportamiento, no hallaba razones o causas suficientes que justificaran los hechos, se hundió en honda depresión. Parecía como si le hubieran estigmatizado con un signo para ser perseguido, como si fuera objeto de algún maleficio. Deambulando por las calles solitarias, bajo la fría llovizna, huyendo de invisible acoso, había llegado hasta el puente. Y allí le asaltó la idea de acabar con todo, de sumergirse en las heladas aguas y dormir eternamente, en un descanso sin final. Se imaginaba la sensación de vuelo liberador en la caída y el golpe contra la corriente...Pero una voz le detuvo.

- ¡ Hola !

Era una mujer, ya madura, cuyo rostro excesivamente recargado de pintura y maquillaje, delataba el oficio.

- ¿ No pensarás arrojarte ?- preguntó.

El no respondió. Se quedó mirándola fijo, sorprendido.

- Anda, guapo, vente conmigo.- Y congiriéndolo del brazo, le obligó a caminar junto a ella.

El se dejó conducir como un autómata, sin saber a dónde iba ni para qué. La lluvia se hizo intensa. La mujer abrió un paraguas de colorines que apenas reservaba sus cabezas.

- Mi apartamento está cerca- dijo.

Vacio de ideas, sin voluntad, se dejó llevar por las calles desiertas y oscuras hasta el suburbio. Subieron las escaleras hasta un cuarto piso, de un edificio sucio y maloliente. Ya en el apartamento -un pequeño vestíbulo, dormitorio, mínima cocina y servicio -, la mujer le invitó a cambiarse la ropa mojada por un batín. Ella misma, sin ningún recato, se desnudó, secó y mudó.

- Toma una copa de coñac - le indicó, mientras se sentaba en el

brazo del sillón donde él se había acomodado.- Así desaparecerá el frío.

Bebió él con ansias, casi con rabia.

- Muy bien - comentó ella, en tanto con la mano le arreglaba el desordenado y húmedo cabello, en gesto maternal-. Toma otra.

Volvió a beber, ahora pausadamente. El alcohol tonificó su cuerpo y le hizo volver a la realidad., Miró en torno, como sorprendido; fijó los ojos en la compañera, en cuyo rostro, ya sin maquillaje, se descubrían la huella del tiempo en forma de leves arrugas.

- Bueno, creo que ya estás en condiciones - dijo ella, dispuesta a terminar con brevedad el trabajo.

Sin comprender bien la situación, el hizo un gesto de extrañeza, que provocó la sonrisa de la mujer.

- También hay quien solo desea compañía para hablar. ¿Eres de esos?... No me importa, ni tengo prisa. Habla, habla cuanto quieras - Y continuó acariciándole la cabeza.

Fueran los efectos del coñac, fuera la necesidad de arrojar las indigestas preocupaciones y pesadumbres que llevaba dentro, lo cierto es que, por primera vez, a una persona desconocida de la que ignoraba hasta el nombre, hizo confesión general de su vida, de sus tristezas, de sus desgracias, de sus fracasos y de sus inmensos cansancio y desesperación. Durante horas habló con voz entrecortada, en un monólogo interminable.

Ella, que al principio le escuchó con forzada y falsa atención, acabó sumiéndose en el relato y viviendo los acontecimientos como propios. Cuando él, finalmente, expresó su deseo de morir, exclamó rotunda:

- ¡Eso nunca!.... Hay siempre alguien por quien vivir.

Y en la firmeza de sus palabras, en el enérgico tono, detrás de tan seria afirmación, se adivinaba algún drama folletinesco que justificaba y, tal vez, imprimía sentido a su vida indeseable.

Cuando se marchó intentó darle dinero. Ella lo rechazó explicando que ciertas cosas ni se cobran, ni tienen precio.

El frío de la madrugada despejó su cerebro, aún confuso. La lluvia había cesado. Lento, cansino, se dirigió a casa. En la cabeza giraba y giraba, revoloteando, la frase de "hay siempre alguien por quien vivir". ¿Sería posible?... En boca de aquella mujer, su valor se acrecentaba de manera incommensurable. Y sintió por ella un gran respeto y admiración. Y, sin saber porqué, le invadió una gran serenidad y fortaleza de ánimo, como si de pronto hubiese encontrado el camino perdido o el objetivo ignorado y oculto.

MAYO 1987